

Historia de la crítica literaria en Colombia. 1850-1950
Segunda edición
David Jiménez Panesso. Universidad Nacional de Colombia.
Bogotá, 2009

Recibido: 15 de marzo de 2012. Aprobado: 30 de abril de 2012

En 2009, diecisiete años después de su primera publicación, la Universidad Nacional de Colombia ofrece una nueva edición de la *Historia de la crítica literaria en Colombia. 1850-1950*, del profesor, poeta y ensayista colombiano David Jiménez Panesso. La aparición de esta segunda edición confirma que se trata de una obra fundamental para los estudios literarios nacionales y evidencia, al mismo tiempo —tal como indica Iván Padilla Chasing en la presentación del libro— que el trabajo realizado por el autor no ha sido hasta ahora continuado o replanteado en nuevas investigaciones.

Aunque conserva la misma estructura, la nueva edición introduce nuevos títulos a algunos de los apartados que componen el estudio, así como nuevas secciones de bibliografía, índice de materias e índice de nombres al final de la obra. Sin embargo, el cambio más notable con respecto a la edición de 1992 se halla en su titulación. En efecto, al título demasiado general que se le asignó inicialmente a la investigación, *Historia de la crítica literaria en Colombia*, y que solo en la portada venía acompañado del subtítulo “Siglos XIX y XX”, la segunda edición añade una precisión significativa: *1850-1950*. Al establecer tal delimitación, resulta entonces justificado que no se lleve a cabo una revisión del trabajo de intelectuales que fungieron como críticos durante la colonia o en la época de independencia, o que no se tomen en consideración los estudios desarrollados por críticos literarios en las últimas décadas del siglo XX. Por lo demás, el autor deja claro en la introducción las razones por las cuales inicia su análisis en la segunda mitad del siglo XIX: es en este período cuando la crítica comienza a desarrollarse en Hispanoamérica con relativa estabilidad y autonomía, a causa de factores económicos y sociales que permiten la conformación de un público lector y la consolidación de la industria editorial. Desde entonces, y a pesar de la falta de condiciones propicias y de sus incesantes fluctuaciones, la actividad crítica se ha desarrollado con una cierta continuidad, lo que permite afirmar la existencia de una tradición crítica en Colombia, y ello, precisamente, queda demostrado en el trabajo de David Jiménez.

Así, *Historia de la crítica literaria en Colombia. 1850-1950* se propone presentar el proceso de constitución del pensamiento crítico colombiano, proceso que, tal como se manifiesta en el prólogo, no se busca examinar desde una visión panorámica, sino a partir de la consideración de sus figuras particulares. Al “detenerse en la diversidad”, el autor identifica una serie de temáticas y problemas que persistieron en los estudios críticos durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del XX, y que incluso siguen inquietando en la actualidad a los estudiosos de la literatura en Colombia y en América Latina. Las tensiones entre tradición e innovación, entre hispanidad e identidad nacional, el vínculo que durante largas décadas sostuvo el arte con la política y la religión y la defensa de su carácter autónomo constituyen pues los problemas que la investigación reconoce como fundamentales para la crítica literaria a lo largo de aquella centuria. En el libro se sigue el desarrollo de estas temáticas a partir de los trabajos de diversos críticos literarios, que David Jiménez clasifica en tres periodos diferentes: antes, durante y después del modernismo. Sin embargo, su labor no se limita a presentar la obra de algunas personalidades, sino que se preocupa también por sopesar los aportes que hicieron al desarrollo de la crítica literaria en Colombia y por evaluar el lugar que ocupan en la historia cultural del país.

La primera de las cuatro partes que componen el estudio de David Jiménez presenta las figuras más representativas de la crítica literaria en la segunda mitad del siglo XIX. Se parte de José María Samper, crítico ecléctico y no pocas veces contradictorio, en quien se reconoce la confluencia de todas las contraposiciones características de la época: ilustración y romanticismo, razón y sentimiento, ciencia y religión, realidad e idealidad; antinomias estas que determinan el carácter y los presupuestos estéticos de los críticos del periodo en cuestión. Así, como defensores de la tradición hispánica y clásica, custodios de la religión católica y opositores del pensamiento ilustrado y de la influencia nociva de ciertas literaturas extranjeras, se encuentran José María Vergara y Vergara, Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro. De otro lado, y siguiendo criterios claramente positivistas, aparecen Salvador Camacho Roldán y Juan de Dios Uribe, cuyo trabajo como críticos liberales es destacado por el autor, si bien acusa en este último el uso instrumental que da tanto a la crítica como a la literatura en la contienda ideológica.

La segunda parte del libro está dedicada por completo a Baldomero Sanín Cano, con lo cual se lo sitúa como la figura central de la historia de la crítica literaria colombiana en el periodo estudiado. Tal como revela

David Jiménez, Sanín Cano representa la llegada de una crítica moderna a Colombia, el arribo de una mentalidad secular y cosmopolita a la que corresponde una concepción de la literatura esencialmente autónoma y universal, emancipada de todo uso instrumental; una mentalidad que, no obstante, sabe reconocer la necesaria articulación de la literatura con la época, las relaciones que establece el arte con la vida espiritual y política en cada momento histórico determinado. Siguiendo el análisis de sus escritos, el autor presenta las diferentes etapas del desarrollo intelectual de Sanín Cano, desde su concepción del modernismo y su crítica esteticista de finales del xix y principios del xx, pasando por su crítica de ideas, su interés por el proyecto de unidad cultural hispanoamericana y su defensa de un humanismo moderno, hasta las reflexiones en torno a la crisis de la civilización occidental y a la cultura de masas que desarrolla en los últimos años de su labor crítica. La tarea de Sanín Cano es definida como la de un explorador y renovador, la de un intelectual moderno que se contrapuso abiertamente a la literatura devota y patriótica que persistía todavía bien entrado el siglo xx y que abrió para la crítica un nuevo horizonte de posibilidades.

En la tercera parte de su estudio, el autor se ocupa de la crítica literaria en la época del modernismo, época marcada, en primera instancia, por un claro afán de renovación, de originalidad, por la búsqueda de una nueva sensibilidad y de nuevas formas expresivas, por un deseo de cosmopolitismo y de universalidad. Así lo evidencian, por ejemplo, las páginas de publicaciones como *Revista Gris* y *Trofeos* y el trabajo de Ricardo Tirado Macías y de Max Grillo. Junto a ellos, y como críticos de espíritu renovador, aparecen Carlos Arturo Torres, Tomás Carrasquilla y Saturnino Restrepo, cuyo nombre, injustamente olvidado en la historia literaria de Colombia, corresponde a “uno de los más agudos e intelectualmente mejor dotados críticos en la historia del país”, de acuerdo con la afirmación de David Jiménez. De otra parte, en cambio, se reconoce en Antonio Gómez Restrepo al continuador de Caro, dependiente de la tradición conservadora, hispanista y católica, y en Eduardo Castillo a un prolongador de la “sensibilidad finisecular”.

En la cuarta y última parte del libro se aborda la crítica literaria después del modernismo. En esta época se reconoce una prolongación de la influencia del modernismo, pero también una crítica a esa herencia y una simpatía por las nuevas expresiones artísticas de la contemporaneidad. Entre estos simpatizantes se ubican Luis Tejada y Jorge Zalamea, preocupados por cuestiones de orden no solamente estético, sino también social. En contraposición a

ellos aparece la figura de Rafael Maya, sucesor de Miguel Antonio Caro y de Antonio Gómez Restrepo, defensor de la tradición literaria conservadora del país, quien, sin embargo, supo identificar en sus reflexiones en torno al problema de la tradición, exigencias y dificultades que se le presentan a la crítica en Colombia aún hoy en día. Por último, se presenta la figura de Hernando Téllez, cuya obra crítica, pese a los reproches de que puede ser objeto, destaca por su valor literario, carácter que —como bien señala el autor— escasea en los críticos de hoy.

Finalmente, es importante anotar que el trabajo de David Jiménez, además de aportar una revisión histórica, suscita una serie de reflexiones sobre el estado actual de la crítica en el país y sobre tareas aún pendientes —algunas largamente aplazadas, otras que apenas se emprenden— que reclaman la atención de editores, críticos e investigadores de la literatura colombiana.

Natalia Villamizar
Universidad de Antioquia